X

EN DONDE SE HABLA NUEVAMENTE DEL COFRECILLO BIZANTINO

EN un suburbio de Kirk-Kilissé, al borde del camino que conduce al Oeste y en el centro de un bosquecillo, había encontrado Rouletabille, para Ivana y sus camaradas, un reducido pabellón desde el que seriáles fácil observar los alrededores, y donde podrían descansar, sin ser molestados por los movimientos de las tropas.

Cosa curiosa, fué a petición de la misma joven, por lo que Rouletabille había buscado aquel retirado refugio. Ivana parecía desinterarse del ejército e incluso huír de él, precisamente en unos momentos en los que su presencia, hubiera sido útil en las ambulancias. Por otra parte, había recomendado a Rouletabille que no diera su dirección al general Savof, si éste no se la pedía. Si se la pedía, Rouletabille no se negaría a dársela; pero advertiría inmediatamente a Ivana.

—¿Para cambiar de domicilio?...

—Sí —había contestado nerviosamente—para cambiar de domicilio.

Dicho lo cual, se puso a pasear con agitación

tal por la reducida sala que le había sido reservada, que Rouletabille, compadecido y creyéndola a punto de volverse loca, no quiso dejarla sola.

Se quedó pues, para vigilarla y redactar sus telegramas, enviando a Tondor en busca de Vladimir y La Candeur, los que se presentaron con la cara muy arrebolada, recibiendo la orden de ir en busca del general Savof.

Al anochecer, paseábase Rouletabille muy pensativo ante la puerta del pabellón, del que no había salido Ivana. Rouletabille no cambió con ésta más que frases insignificantes y se entregó de lleno a la redacción de una crónica la que, por otra parte, le fué imposible enviar, por haber confiado el general Dimitri Savof a Vladimir, que había recibido órdenes superiores, recomendándole guardar el mayor secreto respecto a las batallas de Petra, Selikou y Demir-Kapou, victorias que, en detalle, no debían ser conocidas hasta más tarde.

Por esta y por otras causas, hallábase Rouletabille muy taciturno cuando fué abordado por la gigantesca sombra de La Candeur que le tomó amistosamente por el brazo diciéndole:

—¡Ven!, voy a mostrarte una cosa...

—¿El qué?

—Vas a ver... Es muy curiosa.

—Si me alejo, no quedará nadie para velar por Ivana, y su estado, cada vez más extraño me causa serias inquietudes.

—Si es aquí cerca...

—¿Pero qué es lo que quieres enseñarme?

—Ven y lo verás...

—Bueno; pero llama a Vladimir para que se quede aquí, mientras me enseñas lo que quieres.

—¡Si precisamente es a Vladimir a quien quiero enseñarte!...

—¡No vale la pena, ya le conozco!

—Sí, pero no sabes lo que hace...

—¡A fé mía que no! ¿pero qué es lo que hace?...

—Está ahí, a la entrada de un bosquecillo, hablando con alguien que está muerto...

—La Candeur, ¿estás borracho?

—¡No estoy borracho. Verdad que he comido muy bien; pero no estoy borracho.

—¡Entonces, ¿qué significa esa historia?

—Es una historia de aparecidos... ¡Anda, ven! —y tiraba de Rouletabille quien, poco a poco, iba cediendo y le seguía bajo los árboles.

—¡Figúrate que Vladimir está hablando con el señor Priski, o con su sombra!...

—¡El mayordomo de la Karoukoulé!

—¡El mismo!... Mi Abala, probablemente, no debe haberle matado del todo. Esto no me molestaría, pues aquí, entre nosotros, debo confesarte que no nos hemos portado muy bien con ese bueno de Priski—pero no te detengas ¿que haces?

—¿Por qué está aquí el señor Priski?

—¡Si no sé nada! Vamos a preguntárselo, ven—diciendo esto, hacía volver a Rouletabille del lado opuesto del pabellón.—Es necesario que sepamos lo que quiere de Vladimir...

—Pues bien. Cuando haya terminado con Vladimir, vas en su busca y él nos pondrá al corriente de lo que le haya dicho el señor Priski; pero yo no doy un paso más, pues no quiero dejar completamente sola a la señorita Vilitchkov, sola y sin defensa en medio de toda esa soldadesca que va por los caminos.

Y se sentó en un cerrillo, desde el que divisaba aún la parte posterior del pabellón y desde donde podría oir un grito o una llamada.

—Siempre tan tonto, quiero decir, tan enamorado—dijo La Candeur con voz aguardentosa,

sentándose al lado del reporter, de modo que pudiera ocultarle el pabellón,

—La Canduer, hueles a vino—observó Rouletabille, asqueado y separándose un poco.

—Es muy posible—contestó aquél—pues he bebido un poco. He hecho una excelente comida en la mesa redonda de la posada del Gran Turco. Vladimir y yo te hemos echado mucho de menos. ¡Ah! precisamente ahí le tienes... ¡Toma, ahora está solo!... ¡Buenas noches, Vladimir! Le estaba diciendo a Rouletabille que estabas en gran palique con la sombra del señor Priski...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Me han visto ustedes?—dijo Vladimir.—Pues bien, no se trata de ninguna sombra; pues ese excelente señor Priski no ha muerto—y se sentó al lado de Rouletabille—. Debo confesar que me ha sorprendido el verle reaparecer.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Qué quiere?—preguntó Rouletabille.

—Sí—repitió La Candeur—. ¿Qué es lo que quiere?

—Verdaderamente que no estoy seguro—contestó Vladimir.—Sin embargo, he de deciros que sus preguntas me han parecido muy raras.

—¡Ah! ¿Le ha hecho preguntas?

—Sí; me ha pedido una cantidad de detalles sobre la señorita Vilitchkov, sobre la forma en que conseguimos evadirnos del torreón, etc. etc., yo he contestado lo menos posible, y en vista de que nada podía sacar de mí se ha marchado...

—¿Por dónde? Quiero hablarle inmediatamente.

—No debe estar lejos—repuso Vladimir.—Es pobable que no se halle ni a cincuenta pasos de aquí... Se marchó por este sendero, bajo aquellos árboles.—Y Vladimir le indicaba una dirección opuesta al pabellón.

Cuando se hallaron solos, La Candeur dijo a Vladimir, con un ligero temblor en la voz:

—De esta forma, nada tendrá que reprocharnos Rouletabille! ¡Bastante le hemos advertido que el señor Priski, rondaba en torno de Ivana!

—¡Naturalmente!—contestó Vladimir.—Y solo él podrá reprochárselo si el señor Priski se la quita.

—¿Crees que habrá llegado ya el señor Priski al pabellón?—preguntó suspirando La Candeur.

—Yo creo que sí...

—¡Pues que se de prisa!—dijo La Candeur con voz sorda.

—Sí; hará bien en apresurarse—repitió Vladimir—pues al no encontrarle Rouletabille en el sendero, va a regresar.

—¡Siento que el remordimiento se apodera de mí—añadió La Candeur.

—¡El remordimiento!...

—¡Oh! ya se desborda—gimió La Candeur—a duras penas puedo dominarle... ¡Me parece que lo que estamos haciendo es abominable!...

—¡Pero si es por el bien de Rouletabille!...

—¡Es la primera vez que le engaño y me lo reprocho como un crimen!

—¡Bah! ¡Jamás lo sabrá!

—¡Porque al lado de su maravilloso ingenio tiene un corazón confiado! ¿Pero debo abusar de eso?

—Mejor es que le engañes tú, en lugar de esa Ivana, a la que quiere hacer su mujer...

—¡Dios mio, aquí está! ¡No me atrevo ni a mirarle!

Rouletabille regresaba.

—Es curioso—dijo—no he visto a nadie... ¡Ni a Priski ni a nadie! ¡Regresemos pronto al pabellón!...

—¿Está mejor la señorita Ivana? ¿Ha descansado ya?—preguntó hipócritamente Vladimir.

—Sí; se encuentra mejor, le doy las gracias —contestó Rouletabille pensativo.

Bruscamente cogió por las solapas de su levita a La Candeur y exclamó:

—La Candeur. ¡Ya sabes que me prometiste velar por ella, como si fuera por mí! ¿No querrás hacerme sufrir, verdad?... Ya sé que no la quieres; pero tú no querrás apenarme... ¡Contesta, hombre, contesta!

—¡No, no quiero apenarte!—contestó La Candeur con voz ahogada.

—Es que os encuentro unas caras tan raras a los dos... Una actitud tan extraña. ¿Qué es eso de Priski, de ese Priski, que viene a hablaros de Ivana? ¿Estará amenazada por ese lado?... ¡Será necesario decírmelo!...

—¡Dios mío—murmuró La Candeur—me causa miedo verte en tal estado!... ¡Verdad es que el señor Priski, no tiene el aspecto muy franco!...

—¡Lo ves! ¡Ah! ¡Quisiera saber donde ha ido, para desaparecer tan pronto... Si le ocurre alguna desgracia a Ivana, os acusaré a los dos por no haberme traído a ese señor Priski!...

—¡Rouletabille!—tiritó la voz de La Candeur— ¡Es probable que ese Priski nos haya engañado, haciéndonos creer que se alejaba por ese sendero; pero es probable que...

—¡Probable qué?...

—...¡Que esté en el pabellón!...

—¡Si es verdad, ¡ay! de vosotros!—rugió Rouletabille precipitándose en dirección al pabellón.

Las ventanas estaban lo suficientemente iluminadas, para permitir a La Candeur y a Vladimir, que se había rezagado prudentemente, ver en el

alfeizar una sombra, que era la de Rouletabille, abalanzarse sobre otra, la del señor Priski.

—Ahí tienes tu obra—musitó Vladimir a La Candeur.

—Priski es un crápula—dijo La Candeur con un gran suspiro de alivio—y no lamento el haberle denunciado a Rouletabille, siempre que haya tenido tiempo de entregarle la carta a Ivana.

—Lo dudo—dijo Vladimir.

—Ahora lo veremos.

A su vez penetraron en el pabellón y pudieron cerciorarse en seguida de que Priski no había tenido tiempo de entregar su mensaje a la señorita Vilitchkov, pues aparecía ésta en el umbral de su cuarto, alarmada por aquel ruido, en el momento en que Priski se incorporaba bajo la amenaza de un revólver empuñado por Rouletabille.

—¿Qué ocurre de nuevo, amigo?—preguntó Ivana con fatigada voz que revelaba un gran abatimiento, una inmensa laxitud de todo...

—Lo ignoro—contestó Rouletabille—pero es probable que este caballero, que quizá no conozca usted, pero que se llama Priski y que hace poco era mayordomo en la Karakoulé, quiera decirnos las razones de su insólita presencia cerca de usted...

El señor Priski, sacudió su traje con gran sangre fría, rogó a Rouletabille que apartara su revólver, saludó a la señorita Vilitchkov y dijo:

—Deseaba ver a Ivana Hanoum. Habiendo sabido por estos señores—y señaló a Vladimir y La Candeur, que no sabía que actitud adoptar—que vivía aquí, me he dirigido hacia este pabellón y penetré en esta sala, sin ninguna intención aviesa. ¡Lo juro!

—¿Qué desea usted?—preguntó Ivana abrumada, mientras que Rouletabille fruncía el entrecejo

al oir el título matrimonial, enunciado por el ex-mayordomo del Castillo Negro.

—Señora, soy un enviado cerca de usted, por un amigo de Kara-Selim, el señor Kasbeck, honorablemente conocido en Constantinopla y otros lugares y que os tiene en alta estima...

De pronto recordó Rouletabille le extraña conversación que había sorprendido en el Castillo Negro, entre aquel Kasbeck y Gaulow, y enrojecienao y zarandeando bruscamente al pobre Priski, le gritó:

—¡He aquí una singular recomendación! ¡Tiene usted la desvergüenza de venir a hablarnos de ese miserable Kasbeck, y ello en presencia de la señorita Vilitchkov!...

—Señora: Señores: no deben ver en mi más que un humilde emisario—dijo modestamente el señor Priski—y si he sido torpe al decirles toda la verdad, no atribuyan esta torpeza más que a mis deseos de decir verdad.

Ivana había palidecido intensamente, nada decía, sin embargo, y esperaba con cierta inquietud que el otro se explicara completamente. Priski, continuó:

—Como ustedes comprenderán, yo no estoy al corriente de nada. El señor Kasbeck me ha encargado de una misión, diciéndome que sería el bienvenido cerca de usted; pero comienzo a dudarlo—aquí se frotó las costillas y se arregló el traje.

—¿Qué misión?—preguntó brutalmente Rouletabille.

—Según parece—continuó Priski—la señora tiene en gran estima cierto cofrecillo bizantino, que se hallaba en la cámara nupcial, en ocasión del saqueo de la Karakoulé por las tropas de Kara-Selim.

—Es cierto—dijo Ivana, recobrando sus colores—es cierto... Lo tengo en gran estima, pues es un recuerdo de familia...

—Exactamente... Pues bien; ese cofrecillo ha caido en manos del señor Kasbeck el que, según me ha dicho, está al corriente de las desgracias de usted y que la compadece mucho... Ha pensado que sería para usted un gran consuelo el recuperar dicho objeto...

—Justo—dijo Ivana.

—...Y me ha encargado de entregárselo tal y como lo halló...

—¿Y cómo fué el encontrarlo?—preguntó Rouletabille.

—Pues lo encontró en la habitación saqueada; desgraciadamente, el cofrecillo, estaba vacio de las alhajas y recuerdos que, según parece, contenía.

—Pues si está vacio el cofrecillo ya no nos interesa—dijo Rouletabille.

—¡Perdón!—interrumpió Ivana.—A usted no le interesa; pero a mí sí...

Rouletabille llevó a Ivana hasta el extremo de la sala.

—¿Por qué?... Desconfío de este hombre... Desconfío de Kasbeck... ¿Por qué le interesa? Usted sabe perfectamente que todos los documentos del cajoncillo secreto, sobre la movilización, han perdido su valor, ahora que los búlgaros, victoriosos, ocupan Kirk-Kilissé...

—¡Ese cofrecillo es, en sí mismo, un recuerdo de familia—contestó ella—y eso basta para que tenga empeño en recobrarlo!—Y volviéndose hacia Priski, preguntó:

—¿En dónde está ese cofrecillo?

Rouletabille no se dió por vencido, e insistió:

—Esta historia no me dice nada de bueno. ¡Ivana! ¡Ivana!... ¡Recuerde usted la intervención que

—Precisamente por eso, quiero saber hasta donde quiere llegar conmigo—contestó con lastimosa sonrisa—¿Qué peligros ve usted en que ese hombre traiga aquí el cofrecillo bizantino?... ¿Puede usted traerlo enseguida, señor Priski?...

—Sí, señora, antes de media hora estará en su poder...

—¡Pues bien—repuso Rouletabille—he aquí lo que vamos hacer: yo no la abandono a usted, Ivana, pues todo esto no me parece claro; pero La Candeur y Vladimir acompañarán al señor Priski, hasta el lugar en donde está el cofrecillo y regresarán aquí con él.

—No veo en ello ningún inconveniente—declaró el señor Priski—; pero ha de ser con la condición de que sea yo mismo quien traiga el cofrecillo.

—¿Lo cree usted absolutamente necesario?

—¡Indispensable! ¿Cuál es mi deseo?... Entregar el objeto en propias manos a su destinatario, como me ha sido ordenado, y luego desaparecer. ¡Yo habré cumplido con lo que se me ha encargado, ya ve usted que no hay motivo para zarandearme!...

—¿Qué opina usted?—preguntó Rouletabille muy perplejo, mirando a Ivana.

—¡Que es un misterio a aclarar—contestó friamente.—Puesto que el señor Priski se somete al plan trazado por usted, que vayan esos señores en busca del cofrecillo!...

Mientras duraba esta discusión, el que hubiera examinado a La Candeur, hubiera sentido piedad por el pobre muchacho, tan visible era la desgarradora lucha que libraba entre su conciencia de un lado, y el odio, que por Ivana sentía, de otro.

Al ordenarlo Rouletabille, se marchó con Vladimir y el señor Priski. A la media hora estaban de regreso, llevando con precaución el famoso cofrecillo bizantino. La Candeur apenas podía sostenerse.

ha debido tener ese Kasbeck en la desaparición de su hermanita Irene!...

El señor Priski, dirigiéndose a Ivana, dijo:

—Señora, he aquí el cofrecillo. Cumplida mi misión, me retiro y beso a usted los pies.

Inmediatamente se lanzó La Candeur sobre el cofrecillo exclamando:

—¡No lo abráis!

Era tal su emoción que Rouletabille se conmovió:

—¿Qué es lo que contiene? ¡Tú sabes algo!...

—Nada se; pero no lo habráis. Es muy posible que contenga una bomba, ese Priski es capaz de todo...

—¡Pues bien, corred tras él y lo traeis aquí! Abriremos el cofrecillo en su presencia.

Vladimir y La Candeur salieron gritando:

—¡Señor Priski! ¡Señor Priski!

Pero se guardaron muy bien de volver con él; pues si le acusaban, podría él denunciarles como cómplices. ¡La Candeur prefería acusarle en su ausencia!... Y regresó afectando una gran desesperación por no haber encontrado al señor Priski.

—¡Ha desaparecido, se ha esfumado! ¡Es indudable que ese cofrecillo esconde algo malo!... ¡Es necesario que sepas, Rouletabille, que Priski nos perseguía desde esta mañana!...

—¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué?

—Porque no quería inquietarte... me ofreció mil francos, que no he querido ni tocar—añadió el pobre La Candeur, ahogado por los remordimientos.

—A mí me quiso encargar de una comisión. que he rehusado cumplir.

—¿Qué comisión?—preguntó Rouletabille en el colmo de la inquietud.

—Entregar, a espaldas de usted, una carta a la señorita Vilitchkov. Imagínese si le habré mandado a paseo!—confesó precipitadamente Vladimir, al ver a La Candeur dispuesto a cantar de plano.

Rouletabille, impacientado por aquellas lamentaciones, empujó a Vladimir y a La Candeur y abrió bruscamente el cofrecillo. ¡Estaba vacío! Lo levantó por uno de los lados, dejó al descubierto la santa Sofía, pidió un alfiler que le entregó La Candeur, quien siempre tenía previsión de ellos, lo hundió en la pupila de la santa, e hizo funcionar el resorte secreto (1).

El cajoncito se abrió, y al igual que el cofrecillo, estaba vacío. Sin embargo, el reporter, metió la mano y extrajo del interior una carta. Rouletabille ni la miró:

—Aquí tiene su carta—dijo a Ivana entregándole la misiva—, la carta que estos señores se han negado a entregarle esta mañana... Y poniéndose de pie, añadió con voz sorda:

—¡El cofrecillo no era más que un pretexto; y Kasbeck, había adoptado todas las precauciones necesarias para que llegara a sus manos aunque el emisario no pudiera llegar hasta usted!...

Ivana abrió temblando la carta luego de leer la dirección: *A Ivana Hanom*, comenzó a leer.

Mientras tanto, La Candeur, parecía no saber donde meterse. Daba vueltas alrededor de Ivana de manera inquietante. Finalmente, fué a asegurarse del cierre de la ventana y empujó la puerta del pabellón.

---

(1) Véase el *Castillo Negro*, editado por esta Casa Editorial.

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué haces?

—He jurado velar por la señorita, y cierro las ventanas y empujo la puerta—balbuceó el buen gigante.

—¿Tienes miedo de que se escape volando?

—¿Sé, acaso, lo que puede pasar? ¿No ha dicho ese Priski maldito que en cuanto haya leído la carta se separaría de tí?

—¡Miserable!—rugió Rouletabille.—¡Y por eso ha sido por lo que te has prestado a ser su cómplice!... ¡Ah! ¡Ahora comprendo tu actitud, tus reticencias, tus remordimientos!... ¡La Candeur, has dejado de ser mi amigo... Como si no existieras... ¡Ya no te conozco!...

—¡Perdón!—imploró La Candeur, fuera de si, cayendo desvanecido al suelo.

Ivana terminó con aquella escena patética. Con su eterna sonrisa desolada, entregó la carta a Rouletabille.

—¡Pero esta carta está en turco!... Vladimir, traduce.

Era una carta de Kasbeck que decía así:

«Señora: He sabido por el mismo Kara-Selim, la alta estima en que usted tiene su cofrecillo de familia, ya que, por recobrarlo, no ha vacilado usted en unirse al verdugo de su padre, de su madre y de su tío... Después de la desaparición de Kara-Selim, llegó a mis manos el precioso objeto y habiendo descubierto su secreto, se lo devuelvo vacío; pero debo advertirla que conservo en mi poder todos los papeles que se hallaban en el cajoncito secreto. Los guardo intactos, en sus sobres sellados, persuadido de que será para usted un gran placer el venir a buscarlos personalmente. Me permito indicarle, pues, que la espero en Dedeagatch, hasta el 27 de octubre, a más tardar.»

Al oir el contenido de la carta, lanzó Rouleta-

bille una furiosa carcajada que hacía daño oirla.

—¡Mal rayo! ¡Demasiado tarde!—gritó.

—Sí—contestó lacónicamente Ivana, retirándose a su habitación.

—¡Entonces, no se va! ¡Se pueden abrir puertas y ventanas!—exclamó gozosamente La Candeur—¿Me perdonas Rouletabille?

—¡No!—contestó éste.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

EN EL QUE ROULETABILLE RECIBE NOTICIAS DE SU PERIÓDICO

JOSE Roulet'abille!...¡Orden del general mayor Stanislawoff!...

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras en francés, saltaba de su caballo, a la puerta del pabellón, un oficial de estado mayor, y saludaba a los jóvenes.

—¿Qué desea de mí, caballero?

—Acaba de llegar una orden del cuart'el general, al mismo timpo que un automóvil afecto al servicio del estado Mayor. El general Stanislawoff, desea ver a ust'ed inmediatamente y me ha dado orden de llevar a usted a su presencia, así como a la señorita Vilitchkov, si, como supongo, se halla con usted.

—Aquí está, y nos ponemos a disposición de usted para seguirle. ¿En dónde está el general? —preguntó Rouletabille.

—En St'ara-Zagora.

—¡Pero no estamos allí!—observó Rouletabille.

—No; pero estaremos mañana, disponemos de un auto.

—Los caminos son abominables—objetó Vladimir.